

*Inés Arredondo*

# Necesidad inaplazable de la escritura

Mario Saavedra

*No es ya materia de discusión que Inés Arredondo se ha colocado como una de nuestras escritoras más entrañables y definitivas. A la brevedad de su obra corresponde una intensidad inigualable. Mario Saavedra explora las relaciones entre el erotismo y lo sagrado en la obra de la gran narradora sinaloense.*

*La estulticia, el error, el pecado, la mezquindad  
ocupan nuestros espíritus y trabajan nuestros cuerpos,  
y alimentamos nuestros amables remordimientos,  
como los mendigos nutren su miseria...*  
Baudelaire

Pocos han logrado definir de manera tan contundente y lapidaria como Rainer Maria Rilke la verdadera vocación literaria: “Escribir o morir”. ¿Se puede afirmar mejor esta forma de respiración moral y social, esta condena a la vez terrible y luminosa que es la vocación de escribir y el oficio de hacerlo con la mente y con el corazón? Es necesario un corazón para pensar, dice la *Biblia*, y no concibo el acto de la escritura sin vaciar emotiva y sensiblemente la razón, y viceversa.

Volviendo otra vez al poeta de lo sagrado que fue Rilke, la creación se convierte en uno de los escasos actos —como el amor— capaces de contener en sí mismos tanto el placer como el dolor de la existencia. Éste es el caso, sin duda, de Inés Arredondo, escritora de lo

universal y de lo íntimo, de lo distante y de lo cercano, en quien se consuma del todo la profética y refulgente exclamación rilkeana. En escasos polígrafos, como ella, vida y escritura adquieren tal simbiosis, impulso donde toda clase de complejos y contrarios de la existencia se suceden, complementan y exigen. Lo oscuro y lo luminoso, la crueldad y la plenitud, el vicio y la santidad pierden sus respectivos límites y fronteras, en cuanto en su literatura no existe otro fin más que permitirle a la “vida” mostrarse en toda su extensión.

En pocos escritores se diluye a tal grado tanto su poética como el motivo de escritura, que en Inés Arredondo viene a ser el de “vaciar” sin escrúpulos ni eufemismos de índole alguna. Escribir es vivir, y viceversa; vivir implica reconocerse, y la propia escritura confirma dicho esfuerzo o necesidad. La mayoría de sus relatos entrañan la pasión y el dolor a un mismo tiempo, extraídos éstos de quien ejerció la escritura con razón, pasión y fe, con la plena convicción de que en dicho acto se desdobra

y entrega, conforme podría vaticinar sucederá de igual modo con la mayoría de sus lectores. Cuentos concebidos con sangre e inteligencia, con la pasión y la angustia propias de quien vivió —y se vivió— en plenitud, en la obra de Inés Arredondo surge el tema del amor/erotismo como única alternativa de confirmar la existencia:

¿Has oído hablar de la no resistencia al mal? Uno no lucha más que con sus pasiones; con nada externo ¿ves?, y no es otra cosa que un agente receptor, una esponja que absorbe el mal y no lo rechaza ni lo devuelve, sino que se queda con él dentro, y lo rumia, lo envuelve, lo fracciona, hasta que puede digerirlo y con eso aniquilarlo...

La pasión se traduce aquí en “instante de ser”, experiencia que a su vez conlleva la doble e inmanente posibilidad, como escribió el poeta castellano Pedro Salinas (“¿Serás, amor, / un largo adiós que no se acaba?”), de la consumación y el fracaso, del encuentro y la despedida. En cuanto el amor tiene la enorme facultad de salvar, de redimir, también trae implícita la de perdernos en una eternidad en vilo o “eternidad fallida”, en palabras del propio Salinas, en la medida en que antes y después de dicho instante está sólo la nada. La escritora consigue magistralmente dar palabras y expresión a dicho momento, que en la mayoría de los casos se convierte acaso en material de los sueños, o en malestar que tampoco sabe-

mos traducir más allá del desasosiego; en Inés Arredondo, en otras palabras, el “instante erótico de la pasión” y su finitud congénita consiguen hablar por sí mismos.

Sin renunciar a una de las constantes por antonomasia en la narrativa latinoamericana del pasado siglo, marcada ésta como herencia faulkneriana, la “destrucción” es a la vez causa y consecuencia, origen y destino: “Mi alma y mi nombre no eran más que ceniza”. El todo y la nada se confunden en las más de sus historias de amor, las cuales traen consigo el germen de la redención, pero también el de la condena; Eros y Tánatos compartiendo un único y mismo espacio, y en la medida en que el erotismo se consume, algunos de los signos de la muerte se diluyen en la vida, y viceversa. Georges Bataille, en su elemental *El erotismo*, escribió al respecto:

Si la unión de dos amantes es el efecto de la pasión, apela a la muerte, al deseo de asesinato o de suicidio, al menos figurado. Lo que designa a la pasión es un halo de muerte. Por debajo de esa violencia —a la que responde el sentimiento de continua violación de la individualidad discontinua— comienza el terreno del hábito y del egoísmo compartido, esto quiere decir una nueva forma de discontinuidad...

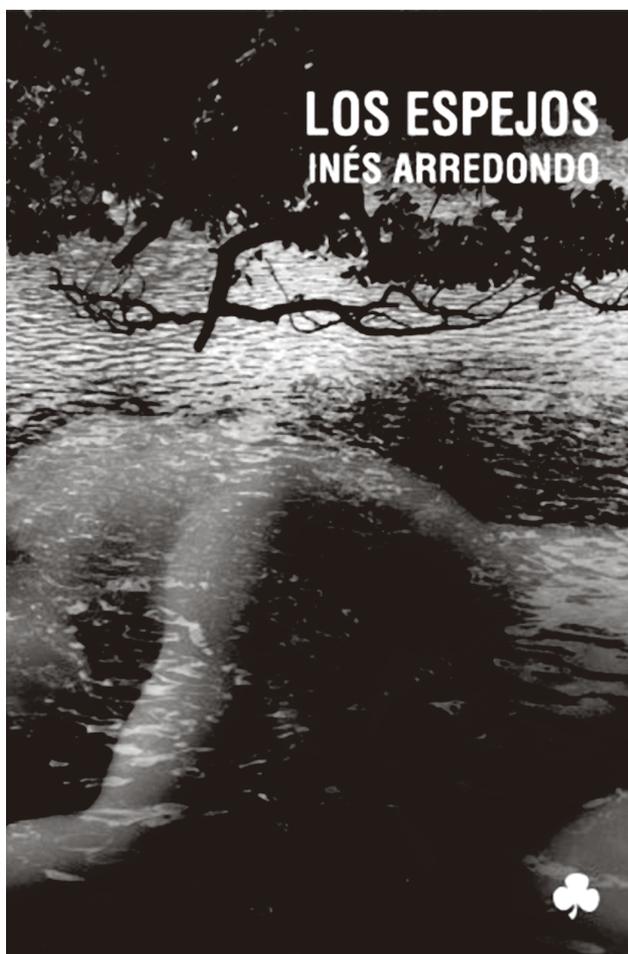
Y, efectivamente, en la mayoría de los cuentos de amor y pasión de Inés Arredondo, cercanos al límite ambiguo pero real de la salvación/condena, las posibilidades de sufrir de los personajes son tanto mayores cuanto que el sufrimiento revela la entera significación de ser amado; la pasión los compromete así en el sufrimiento, en cuanto búsqueda de un “imposible”. Tanto en “La señal” como en “Río subterráneo” quienes apuestan al amor, y en dicho acto llegan a perder el rumbo, están abandonados a un estado ambiguo en el que “narcisismo” y “masoquismo” se confunden con el propio clima o estado de las cosas (“No me quejaba, únicamente estaba echada ahí, igual que un animal enfermo que se abandona a la naturaleza... No pensaba, y casi podría decir que no sentía...”), en el entendido de que dicha búsqueda del todo arriesgada plantea la única alternativa de conciencia o ¿“inconciencia”? del yo: “Elisa se dio cuenta vagamente de que el amor no tiene un solo rostro, y de que había entrado en un mundo imperfecto y sabio, difícil; pero se alegró con una alegría nueva, una alegría dolorosa, de mujer...”.

En la medida en que el amor representa un medio idóneo pero a la vez inédito de reafirmar la existencia, también nos situamos aquí necesariamente en el campo de las trasgresiones. Una de las más castigadas, la del “incesto” en línea directa, condena y sublima a Inés en “Estío”, donde los respectivos embates librados entre una rigurosa moral y el instinto acaban prácticamente con el personaje; la trasgresión, aunque vedada y por últi-

© Herederos de Inés Arredondo



Inés Arredondo



mo resuelta —bajo cierta dosis de castigo: la distancia— resulta ser una dolorosa prueba de existencia:

En medio de aquel beso único en mi soledad, de aquel vértigo blando, mis dedos tantearon el torso como árbol, y aquel cuerpo joven me pareció un río fluyendo igualmente secreto bajo el sol dorado y en la ceguera de la noche. Y pronuncié el nombre sagrado... Me alegra que tú pagues la inocencia de mi hijo, aunque sea injusto.

La mayoría de los relatos de Inés Arredondo nos sitúan en esa línea imperceptible en que el hombre es razón e instinto animal a la vez, conciencia moral y deseo de trasgresión, flagelante angustia por el “pecado” cometido e inefable ansiedad por traspasar los límites interdictales. Vivir implica un permanente riesgo, sobre todo porque, como apunta Freud, “...el ser razón en la cultura, es malestar...”, ansiedad producida en el hombre bajo el yugo de un “súper yo” que, a modo de juez o conciencia moral, busca imponer su absoluta supremacía.

Siempre en los límites de lo ambiguo, amor y erotismo son de igual modo portadores de santidad y condena, natural ambivalencia que en un cuento tan cardinal como “La señal”, portador éste en buena medida de la síntesis poética o estética de la escritora, adquiere matices místicos. ¿Qué tanto entraña aquel beso que el mendigo da a Pedro en sus pies? ¿Por qué precisamen-

te dentro de un templo? Nada más revelador que dicha señal para cambiarlo todo, para convertir la amargura en felicidad, para darle otro sentido a la existencia:

Cuando salió de la iglesia el sol se había puesto ya. Nunca recordaría cabalmente lo que había pensado y sufrido en ese tiempo. Solamente sabía que tenía que aceptar que un hombre le había besado los pies y que eso lo cambiaba todo, que era, para siempre, lo más importante y lo más entrañable de su vida, pero que nunca sabría, en ningún sentido, lo que significaba.

Volvemos a comprobar aquí cómo es el mundo de las sensaciones, de las percepciones, de las emociones, de los alientos, en otras palabras, de lo “esencial y lo primario”, lo que domina en el en/ramaje narrativo de Inés Arredondo. Con el vivir “literalizado” o hecho literatura, como obligado acto de reafirmación, la escritura de Inés Arredondo confirma una vez más que entre los propósitos fundamentales del arte estará siempre el “conflictuar al hombre”, el permitirle reencontrarse con su única y verdadera condición. No estamos, ni mucho menos, ante una escritora complaciente, que se regodee con la simple y llana idea de contarnos “historias” cuya acción transcurre apenas en un tiempo y un espacio determinados, sino de un auténtico acto de libertad que implica a su vez tormentosas revelaciones y conciencia

gozosa, como ella misma escribió en su cardinal ensayo sobre la obra del gran poeta-alquimista: la soberbia de libertad en un mundo en el que sólo el ejercicio de la conciencia hace posible la trascendencia mediante la creación artística, utilizando para ello únicamente las formas capaces de ser objetos de esa conciencia, lo cual lleva, además, a la soberbia de la soledad, al intento siempre satánico de recrear al mundo haciendo de lado o ignorando a su “Señor natural”.

La escritura es acto doloroso en cuanto acto consciente de quien lo realiza, conciencia de la inconsciencia, que es la vida, y por lo cual Goethe afirmó que la literatura resulta ser más filosófica que la historia y la filosofía misma. “Estar vivo” se llama precisamente uno de los cuentos de Inés Arredondo incluidos en “La señal”, relato en el cual las pasiones se expresan por sí mismas, en la medida en que la escritora no sólo les confiere la palabra, sino además las libera de un mundo opresivo y por lo mismo hipócrita. Ya al margen de cualquier moral, y entregado de lleno a ese mundo que es el de la “pasión desahogada”, ritual divino y diabólico, victimario y víctima truecan fácilmente sus espacios y dominios, al grado de confundirse en su personalidad:

Se lanzó contra mí, gritando entre dientes y con sus uñas filosas me arañó la cara. Cuando sentí las gotas de sangre correr por mis mejillas como lágrimas, una ternura inmensa, por ella y por mí mismo, me llenó el pecho. La abracé fuerte y oculté mi cara en su pelo, como aprestándome a llorar aquella pena tan grande que todavía me era desconocida. Ella se debatía en mis brazos, injuriándose, gritando, y yo seguía así, manteniéndola apretada contra mí con los ojos cerrados, ciego, sordo, guardándola contra su voluntad, contra el mundo entero. De pronto oí una palabra que me sobresaltó y me hizo apartarme un poco: hablaba de otro.

Como en pocos otros escritores se confirma aquí el hecho de que “...el erotismo es en la conciencia del hombre lo que pone en él al ser en cuestión”, tesis batilleana con la cual el poeta, novelista y ensayista francés deja clara su particular proclividad a entrever en la libido una doble e insalvable naturaleza: la de sacrificio y la de liberación. Fácilmente pasan los personajes de Inés Arredondo del más elevado narcisismo a cierto dejo no menos placentero de masoquismo, posesión/anulación en la que los “amantes” intercambian sus funciones de víctima a victimario, y viceversa. Bien escribe Esther Seligson: “El mundo de Inés Arredondo no es un mundo a la medida de los sueños que se quieren habitar —como es el caso en relatos y piezas de Elena Garro—, ni los sueños, la locura, la fantasía son a la medida del mundo que se puede habitar...”, afirmación a través de la cual corroboramos que tanto las historias como los perso-

najes de la narradora sinaloense se sitúan precisamente en esa especie de “limbo” de lo intangible y de lo concreto, de lo corporal y de lo inasible que entrañan las propias pasiones humanas.

Otro tanto sucede con respecto a esa especie de aislamiento también gozoso y lastimero en que caen dichos entes, maniobra de introspección (en “Río subterráneo”, por ejemplo) donde el tiempo cronometrado e irreal viene a ser sustituido por aquel otro mucho más vivo de la conciencia. En ese instante casi imperceptible se agolpa toda la existencia, y en ese momento de igual modo pasa como una película toda aquella suma de circunstancias, anhelos e intenciones que explican, en este caso, la humanidad de Sergio:

Quiero encontrar una cosa tersa, armónica, por donde se deslice mi alma. No estos picos, estas heridas inútiles, este caer y levantar; más alto, más bajo, chueco, casi inmóvil y vertiginoso. ¿Te das cuenta? Siento que caigo, que me tiran, por dentro, ¿entiendes?, me tiran de mí mismo y cuando voy cayendo no puedo respirar y grito, y no sé y siento que me acuchillan con un cuchillo verdadero, aquí. Lo llevo clavado, y caigo y quedo inmóvil, sigo cayendo, inmóvil, cayendo, a ningún lugar, a nada. Lo peor es que no sé por qué sufro, por quién, qué hice para tener este gran remordimiento, que no es de algo que yo haya podido hacer, sino de otra cosa, y a veces me parece que lo voy a alcanzar, alcanzar a saber, a comprender por qué sufro de esta manera atroz, y cuando me empino y voy a alcanzar, y el pecho se me distiende, otra vez el golpe, la herida y vuelvo a caer, a caer...

Uno de los pasajes más bellos y representativos en la poética de Inés Arredondo; escasos escritores han conseguido expresar, con tales precisión y contundencia, la “angustia” de vivir y el esfuerzo cotidiano que implica corroborar nuestra existencia sobre todo a través de las mayores pruebas de dolor. Unamuno escribió: “...enseña mucho más la vida, y más la muerte...”, y esta última hace acto de presencia en Inés Arredondo a modo de vacío que contrasta y llega a confundirse con el más elevado sentido de “plenitud”, en ese tiempo de la muerte, como dice Seligson, que encarna a su vez el “no-ser de la vida”, la “transparencia existencial” de la que hablaba Kierkegaard. El mundo de la escritora está precisamente dominado por el vacío, por una especie de gula de “no-ser”, volviendo otra vez a Esther Seligson, que conduce a sus personajes al más absoluto desarraigo, intuido éste en la soledad y en la insatisfacción:

El silencio de muerte reinaba en la habitación oscura y fría. No había ni médico ni consultorio ni carretera. Estaba aquí... Estoy en el cuarto interior de un edificio. Nadie pasaba ni pasaría nunca. Quizá nadie pasó antes tampoco.

co... Mi rostro horrible, totalmente distinto al del sueño: las facciones son informes. Lo sé. No puedo tener una cara porque nunca ninguno me reconoció ni lo hará jamás.

Mejor título no podía tener el cuento al que pertenecen las líneas anteriores, "Orfandad", contenido de igual modo en el que es el libro neurálgico en la corta pero cardinal obra narrativa de Inés Arredondo: *Río subterráneo*. Aquí también prevalecen esas atmósferas existencialistas en que los instintos afloran, tras el velo de la inconsciencia ("Tuvo, como siempre, el deseo preciso de volverse y romperle la cara al que fuera pasando: era un día igual a todos, las dos de la tarde de un día cualquiera..."), claro reducto de hastío en el cual se confirma aquella idea sartreana de que "el infierno son los demás". Sin dejar de lado ciertas connotaciones de índole político-social, como acontece en el relato "Las muertes", también de *Río subterráneo*, todo acto de violencia con fines de liberación y de justicia sí se justifica, y por lo mismo adquiere matices incluso heroicos:

Sólo sé que allí, quién sabe por qué, un hombre le dio a otro, al cuñado de Ángela, cuatro balazos en el vientre. Una muerte anacrónica, si es que ha muerto. Y absurda... En cambio ésta otra es lógica, natural: se trata de un guerrillero, alzado en armas contra el gobierno...

En conclusión, el tema central en la obra de Inés Arredondo resulta ser la fragilidad del hombre a la deriva de

su existencia, su incapacidad absoluta para comprender y descifrar los enigmas que en su endeble naturaleza "racional" le impone la vida:

Sólo a ti te diré que quizá me he sostenido porque sospecho, con temblor y miedo, que lo que somos dentro del orden del mundo es inexplicable, pero lo que nos toca vivir no es justo, no es humano y yo no quiero, como quisieron mis hermanos, entender lo que está fuera de nuestro pequeño orden. No quiero, pero la naturaleza me acecha...

Y el caos de la existencia se torna en este caso más dramático conforme los personajes poseen un mayor acervo intelectual y las interrogantes aumentan y se entretrepan, inquietud reflexiva que de igual manera exacerba el estado de soledad y hace de la "duda" el pivote de la existencia.

Personajes terriblemente angustiados, bajo el peso de una nostalgia cuyas razones también se desconocen, apresados bajo el yugo de depredadoras relaciones, los entes que pueblan la obra de Inés Arredondo están tras la búsqueda infructuosa de un algo o un alguien al que tampoco se le ve rostro preciso. Víctimas de un abandono casi metafísico, todo posible encuentro sólo amplía esa in-aprehensible sensación de vacío, que por momentos traduce sin eufemismos la propia soledad de una mujer que hizo de la vida y de la escritura una misma cosa: "Y después de la conquista, ¿será ella también alguna sin significado, como yo?". **U**

